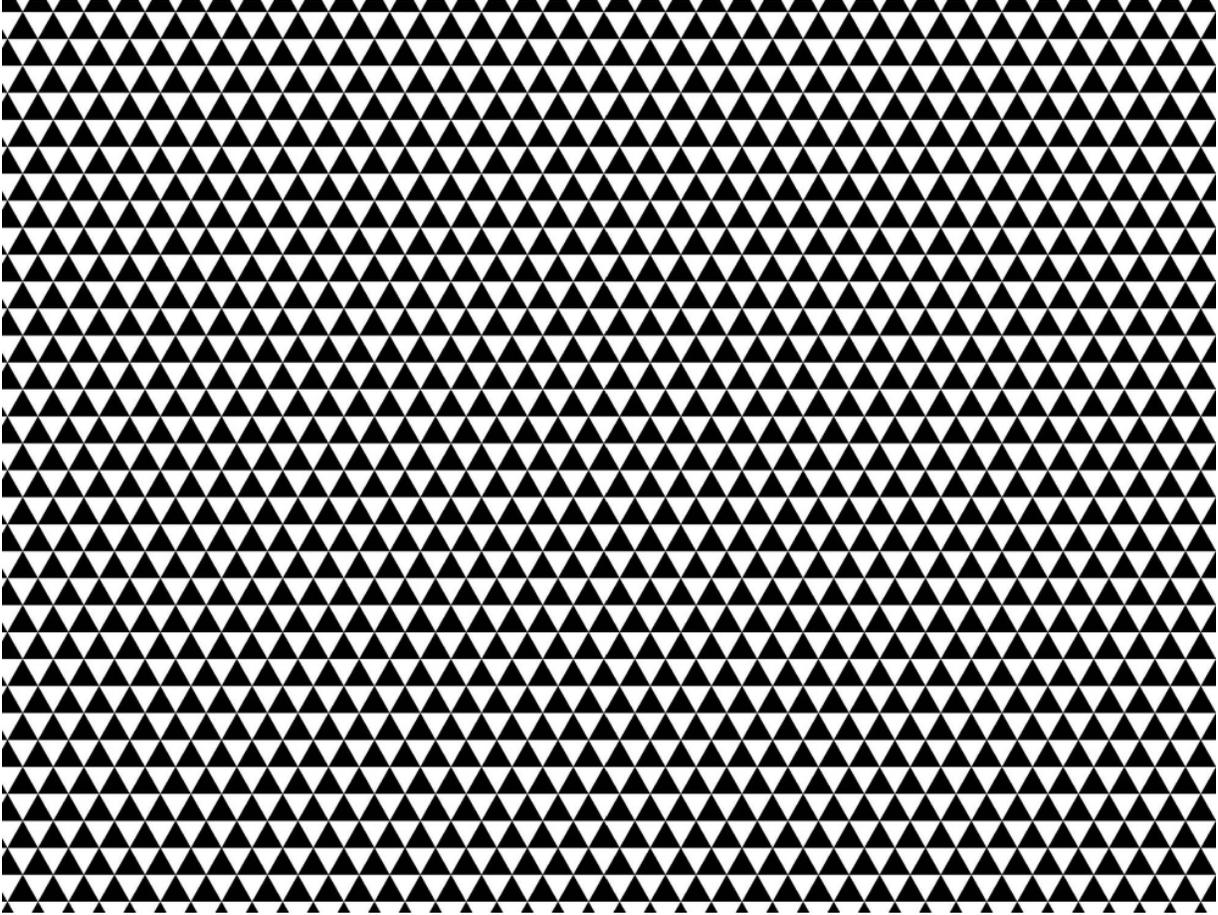


Historias de Dunnet Landing

Sarah Orne Jewett

Traducción de Raquel G. Rojas





Historias de Dunnet Landing

Sarah Orne Jewett

Traducción de Raquel G. Rojas



Primera edición: diciembre de 2021

HISTORIAS DE DUNNET LANDING contiene los relatos de Sarah Orne Jewett titulados, en su idioma original, «The Queen's Twin», «A Dunnet Shepherdess», «The Foreigner» y «William's Wedding». «The Queen's Twin» apareció por primera vez en la revista *Atlantic Monthly* en febrero de 1899; «A Dunnet Shepherdess», en *Atlantic Monthly* en diciembre de 1899; «The Foreigner», en *Atlantic Monthly* en agosto de 1900; y «William's Wedding», en *Atlantic Monthly* en 1910.

© de la traducción: Raquel G. Rojas

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-124023-3-9

eISBN: 978-84-124665-0-8

Depósito legal: M-30188-2021

Impreso por Ulzama

www.ulzama.com

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Historias de Dunnet Landing* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

La melliza de la reina
Una pastora de Dunnet
La extranjera
La boda de William

La melliza de la reina

I

La costa de Maine estaba hace años tan conectada con otros litorales allende el océano gracias a su activa flota de barcos mercantes que, entre los hombres y mujeres más ancianos, aún se encuentra una sorprendente proporción de viajeros. Cada cabo que se adentra en el mar con sus casas encaramadas en lo más alto y cada isla de una sola granja han enviado a sus espías a multitud de valles de Escol; a esas ventanas se asoman rostros sencillos y satisfechos cuyos ojos han visto puertos lejanos y han conocido los esplendores del Oriente. Esas gentes ponen en evidencia al cómodo viajero del Atlántico norte y del Mediterráneo: han rodeado el cabo de Buena Esperanza y desafiado los furiosos mares del cabo de Hornos en modestos barcos de madera, han criado robustos a sus hijos e hijas en estrechas cubiertas y fueron de los últimos descendientes de los pueblos del norte en aventurarse hacia costas desconocidas. Más que eso no se puede ofrecer a un joven estado para su ilustración y progreso; los capitanes de Maine y sus mujeres conocían el mundo y jamás confundieron sus parroquias de origen con el orbe

entero, se sabían una parte de él; no solo habían estado en Thomaston, en Castine y en Portland, sino en Londres y en Bristol y en Burdeos y en los puertos de extrañas costumbres del mar de la China.

Un día de septiembre, llegando ya al final de una de mis estancias veraniegas en un pueblo llamado Dunnet Landing, en la costa de Maine, mi amiga, la señora Todd, en cuya casa me hospedaba, volvió después de un largo y solitario paseo por el campo con una mirada entusiasta, como si estuviera a punto de emprender una prometedora búsqueda en lugar de regresar de ella. Traía una cestita con moras suficientes para la cena y me la tendió para que pudiera ver que también había algunas frambuesas tardías desperdigadas por encima, pero no hizo ningún comentario sobre su expedición. Me di cuenta de que tenía algo mucho más importante que decir.

—No ha traído ni una sola hoja de nada —me aventuré a señalarle a esta experimentada herbolaria—. Ayer decía que los avellanos de bruja podrían haber empezado a florecer.

—Tal vez, querida —repuso ella con cierta altivez—, y no voy a negar que fuese así; no me he preocupado mucho de los avellanos de bruja. Lo cierto es que he estado de visita. Hay un viejo sendero indio que lleva hasta Back Shore atravesando el pantano de las garzas y que no puede transitarse en todo el verano. Hay que aprovechar ahora, cuando el terreno está seco, como hoy, y antes de que lleguen las lluvias del otoño. Ni se me había ocurrido hasta que ya estaba lejos de casa, pero me he dicho: «¡Sin duda, hoy es el día!» y he apretado el paso cuanto he podido. Sí, he estado de visita ... Pero me he metido por un sitio que aún estaba encharcado sin darme cuenta, así que espere a que me ponga un par de medias secas, no vaya a ser que coja frío, y enseguida vengo a contárselo.

La señora Todd desapareció. Era evidente que algo la había fascinado. Tal era su aire de misterio y satisfacción que bien podría haberse tropezado con la leviatánica serpiente marina o las tribus perdidas de Israel. Se había ido poco antes de media mañana y ahora, mientras la esperaba sentada junto a mi ventana, veía el último resplandor rojizo de un sol ya otoñal llamear sobre las rocas grises de la costa y dejarlas frías de nuevo para tocar luego las lejanas velas de unas goletas de cabotaje que parecían, así, casas doradas construidas sobre el mar.

Me quedé esperando e imaginando más tiempo del que me habría gustado. La señora Todd se puso a encender la chimenea y a preparar las cosas para la cena, pero luego volvió enseguida y aún animada y afable tras el largo paseo.

—Hay una vista preciosa desde una colina, donde he estado —me dijo—. Sí, una bella panorámica tanto del mar como de la costa. No es tan elevada que se distinga desde muy lejos, pero lo que vale es su ubicación. Me he sentado allí un buen rato y le aseguro que la he echado en falta. No —añadió al momento como si yo se lo hubiera reprochado de viva voz—, no sabía que iba a ir cuando he salido esta mañana, solo me apetecía caminar y he cogido la cesta, pero ni siquiera sabía si volvería a tiempo para el almuerzo. Me ha parecido más sensato dejarle el suyo preparado por si acaso, espero que haya tenido suficiente, sí, no creo que se haya quedado con hambre.

—Por supuesto que no —le confirmé. Mi casera siempre desplegaba una prodigalidad especial con la comida cuando me dejaba sola, como si fuese una especie de ofrenda de paz o una afectuosa disculpa.

—¿Conoce esa colina que tiene una vieja casa en lo alto, más allá del pantano de las garzas? Me disculparé si me entretengo en explicárselo —se excusó la señora Todd—,

pero sé que no es usted tan dada a adentrarse en el campo como a explorar el litoral. Verá, hay un camino que lleva directo hasta allí, aunque hoy en día hay que buscarlo con atención para dar con él; era una ruta de los indios del interior para bajar a la orilla y llegar a las islas. Los viejos del lugar dicen que había un sitio, por entre unos riscos, donde habían dejado un sendero bien marcado de tanto pasar de acá para allá con esos mocasines que calzaban, pero yo nunca lo he encontrado. Y este que le digo está tan asilvestrado en algunos tramos que es fácil perderlo entre los arbustos y cuesta volver a encontrarlo, pero va bastante recto teniendo en cuenta la disposición del terreno y yo me mantengo atenta al sol y al musgo que crece a un lado de los troncos de los árboles. Algún arroyo ha debido de quedarse estancado y el pantano es más grande que antes. Sí, me he metido bien, ¡menudo paraje!

Mostré mi preocupación. La señora Todd ya no era tan joven y, a pesar de su constitución robusta y su buen ánimo, yo sabía que de cuando en cuando la aquejaban ciertos achaques y que algún día estos terminarían por dejarla coja y débil.

—No se preocupe por mí —insistió mi amiga—. Quedarme quieta es la única forma que encontrará el Maligno de sacarme ventaja. Mientras siga moviéndome, tendré por delante otros veinte veranos y otros tantos inviernos. No sé por qué, pero nunca le he mencionado a la persona a la que he ido a ver. Por lo que sea, nunca le he hablado de Abby Martin, y eso que pienso en ella a menudo, pero lo cierto es que vive muy lejos y ya llevaba sin verla tres o cuatro años. Es una mujer muy interesante y nos conocemos bien; más próxima a mi madre por edad que a mí, pero de espíritu joven. Me ha preparado una buena taza de té y creo que me habría quedado allí a pasar

la noche si hubiera podido avisarla a usted para que no se preocupase.

Entonces se hizo un profundo silencio antes de que la señora Todd hablara de nuevo para anunciar en tono muy solemne:

—Es la melliza de la reina.

Y se quedó observándome para ver cómo reaccionaba.

—¿La melliza de la reina? —repetí.

—Sí, ha llegado a profesar un auténtico interés por la reina y cualquiera puede entender por qué. Nacieron el mismo día y le sorprendería saber cuántas otras cosas tienen en común. Hoy me ha contado algunas y da la impresión de que nunca ha hecho otra cosa que leer historia. He visto más que nunca el fervor que siente al respecto. Ya la había oído muchas veces aludir a todos esos detalles, pero ahora que ha llegado a la vejez y ya no tiene que apurarse por el trabajo, se diría que vive ensimismada en sus pensamientos, como sucede a menudo, y le aseguro que no le hacen poca compañía. Si quiere saber algo sobre la reina Victoria, la señora Abby Martin se lo puede contar todo. Y las vistas desde esa colina de la que le hablaba antes son una maravilla; merece la pena ir a visitarla solo por eso.

—¿Cuándo podrá usted volver? —le pregunté entusiasmada.

—Tal vez mañana —contestó la señora Todd—. Sí, tal vez mañana, aunque supongo que sería mejor tomarme un día para descansar. Me lo he planteado de camino a casa, pero he venido tan deprisa que no me ha dado mucho tiempo a pensar. En carro es un trayecto larguísimo; hay que llegar hasta las viejas tierras de los Bowden y desviarse a la izquierda, por una carretera eterna y muy complicada, y encima hay que volverse nada más llegar para estar en casa otra vez antes de las nueve. Yendo campo a través, sin

embargo, da tiempo de sobra hasta en los días más cortos y se puede disfrutar de una agradable visita de una hora larga o incluso dos. Son apenas unos kilómetros y el paisaje es precioso. Antes había un puñado de buenas familias por allí, pero unos han muerto y los demás se han dispersado, de modo que ahora la pobre mujer no tiene vecinos cerca. No le digo más que se ha echado a llorar de felicidad al ver llegar a alguien. Le gustará oírle hablar sobre la reina, pero sobre todo, mientras estaba allí, dos o tres veces he pensado que seríamos su única compañía en mucho tiempo.

—¿Podríamos ir pasado mañana? —pregunté anhelante.

—Me parece perfecto.

II

Uno nunca puede estar tan seguro de que hará buen tiempo en Nueva Inglaterra como en esos días en que una pertinaz tormenta con viento del este se ha llevado las cálidas nieblas de finales de verano y ha enfriado el aire de modo que, por mucho que brille el sol durante el día, las noches se van cubriendo de escarcha. Había un fresco relente en el aire de la mañana cuando la señora Todd y yo salimos de casa y cerramos la puerta a nuestra espalda. Ese día desplegamus velas en tierra y nos echamos al campo como se hace uno a la mar. Cuando llegamos a lo alto de la colina que hay detrás del pueblo, parecía que hubiésemos rebasado los peligrosos bancos de arena de la bahía y que por fin estuviéramos a nuestras anchas en aguas abiertas.

—¡Ya está! —proclamó la señora Todd respirando muy hondo—. Ahora sí me siento a salvo. Con este tiempo es muy fácil que alguien venga a la costa a pasar el día. Desde que me he levantado esta mañana, tenía la sensación de